

**La tartamudez y el balle**

Cuando en las escuelas nos contaban la enternecedora anécdota de Demóstenes, que paseaba por la playa pronunciando fogosos discursos con unos guijarros en la boca para corregir la tartamudez, la consecuencia moral que sacábamos de esta historia no era la de la necesidad de un esfuerzo de voluntad, sino la de que la tartamudez es una desgracia horroso.

Cuando un filósofo no es capaz de soportar con resignación ese balbuceo oratorio, un hombre normal debe sentir un peso abrumador al verse obligado a repetir las sílabas antes de pronunciar la frase deseada.

Hasta ahora no conocíamos más medio terapéutico para corregir la tartamudez que los guijarros de Demóstenes. Los confiteros habían llegado a hacer unos caramelos que eran la más perfecta imitación del guijo. Esto demuestra que la grava está dentro de la farmacopea; es algo así como cuando nuestras mamás nos dicen al ofrecernos un vaso de aceite de ricino: "Tómalo, que está muy rico".

Pero ahora los guijarros pasan a la historia de la terapéutica con las alas de murciélagos. El director clínico de Guy's Hospital de Londres, doctor Saint-John Rumsey, ha dado con un procedimiento más cómodo y más agradable para acabar con la tartamudez.

Según el doctor Rumsey, los tartamudos son enfermos que carecen de la noción del ritmo, y nada hay tan eficaz para adquirir esta noción como el baile. En consecuencia, propone un régimen de tangos, fox y shimmys, que —según nuestra opinión— es bastante agradable.

Y asegura el doctor londinense que así se cura la "enfermedad".

*Si la memoria no nos es infiel, Juanito Leaburu tartamudeaba ligeramente.*

ADAN ECHECATE.

**Santoral**

Día 10.—San Guillermo, santas Tecla y Justina, san Gonzalo.

Sol, sale á las 7'44 y se pone á 4'57.

Día 11. Santos Higinio, Honorata y Pedro Lobio.

Sol, sale á las 7'41 y se pone á las 4'58.

Luna nueva el día 14, en Capricornio.

**Viajes**

De Londres ha regresado don Ramón Brunet.

—Se encuentra en San Sebastián, presidente de Bilbao y de paso para Zaragoza, don Juan Ortiz Angulo.

—De Italia ha venido don Remigio López.

—Llegó ayer de París el arquitecto madrileño, don Antonio Ferreras.

—De la villa y corte llegó ayer el marqués de Monte Corte.

—Ha venido de Bilbao el doctor López Chico.

—La señora de Gros y sus hijos Mercedes y Pepe, marphon ayer á Madrid.

—Llegó de Pamplona don Daniel Artigas, Fábrica de impermeables y gabardinas. Place de la Republique. — ENDAYE

—Hoy sale para Buenos Aires, en viaje de recreo, nuestro querido amigo don Antoni Samperio.

**Bodas**

Han contraído matrimonial enlace, en El Escorial, la encantadora señorita Pilar Alonso, hermana de nuestro estimado amigo don Emilio y el joven don Mariano Maganto.

Con este motivo se celebró en el Real Sitio de San Lorenzo, una fiesta mundana brillantísima.

Los novios están recorriendo las más importantes poblaciones españolas. Que la luna de miel les sea eterna.

**Mezcilla**

Función benéfica.—La función que el día 14 se representará en el Victoria Eugenia, constituirá un acontecimiento. Al motivo generoso de aliviar á unos ancianos de una situación miserable, es el que ha influido en el ánimo de varios distinguidos aficionados á estrenar la comedia de Sofía Blasco, titulada "El pan cotidiano ó la radio en casa la Pato". En ella toman parte Sofía Blasco, Maite Bonel, María Teresa Aristeguieta, Carmen Caro, Perico Caro y Antonio Orueta.

Las localidades se reservan en contaduría y ya es mucha la demanda de las mismas.

**De sol a sol****AL VUELO**

A primera hora jugaron ayer, según estaba anulado, Pasiego y Larrañaga, contra Aduriz y Salaverría.

Este encuentro, aunque no fué muy bien jugado, resultó bastante competido e interesante y su final tuvo deplorables consecuencias para la "catedral".

De salida, el dínero se ofreció por el bandido azul, pero luego se dió por ambos bandos, por cuanto que los contendientes alternaron en el dominio. El bandido azul era el formado por Aduriz y Salaverría.

Se registraron varias igualadas y alternativas. El último empate se registró en el tanto 49 y la victoria la alcanzaron Aduriz y Salaverría.

En segundo término actuaron Gorrochategui y Narru I, rojos, y los hermanos Quintana —III y IV— azules.

Este encuentro fué muy deficiente, pues aparte de dos o tres tantos buenos que hubo en la primera decena, careció en absoluto de interés. Fué "de calle".

Desde el primer momento se vió la superioridad de los hermanos, que ganaron con gran facilidad.

Gorrochategui y Narru quedaron en 29 tantos.

**EN BILBAO**

Bilbao, 9, 11.30 n.—En el frontón jugaron esta tarde, Begofés IV y Abásolo, contra Nervión y Campos, ganando éstos, por seis tantos.

Luego, Narvaiza y Berriz vencieron a Piedra y Villaro I, dejándoles en 41 para 50

**MEDIAS TORZAL con MENGUADOS**

irrompibles, a 2,50 par

**Almacenes ROIG****Doctor Vicente Loidi**

OCULISTA. Consulta de 10 á 1 y de 3 á 5 FUENTERRABIA, 4, 2.<sup>o</sup>

**LAS CONFERENCIAS DEL ATENEO ENCICLOPEDICO OBRERO**

(6)

**HACIA UN NUEVO TIPO DE OBRERISMO**

TRABAJO LEIDO EN EL CENTRO OBRERO  
EL DIA 30 DEL PASADO DICIEMBRE POR

JUAN ANTONIO VILLEGAS

Jurales, dotado del arma más eficaz, la palabra, que al permitirle generalizar sus impresiones y experienciales aseguraba también la transmisión del grado de cultura alcanzado por las sucesivas generaciones, fueron los hombres constituyendo sus sociedades, caracterizadas a veces por la división de funciones, y siempre por la cooperación de todos los miembros en la obra común. Estas agrupaciones, requirieron reglas, leyes, que á su vez reaccionaron sobre ellas, determinándose por este doble efecto la cultura, la civilización en cada estadio, y la historia del mundo es la historia de estas civilizaciones, no todas conocidas por nosotros. Civilizaciones que han sido, en suma, un conjunto de regulaciones religiosas, políticas y económicas, variable en cada una de ellas, no tan sólo con arreglo al progreso intelectual de los seres que componen las sociedades, sino también y principalmente por las condiciones económicas del medio. En realidad, puede decirse que no obstante las diferencias que separan unas de otras a las distintas civilizaciones, cuando se las considera bajo el primero de los aspectos citados, la desemejanza esencial no aparece hasta que una modificación en el medio económico la hace posible. Así, por ejemplo, siglos separan á la civilización asiria de la griego-romana, y á ésta de la cristiana de los conquistadores y descubridores de América, y las manifestaciones individuales y colectivas de estas tres civilizaciones: su arte, su ciencia, su religión, su constitución política, no tienen entre sí ningún punto de contacto, y, sin embargo, tanto una como otra requieren para la vida económica de sus sociedades el factor común de la esclavitud, tan absolutamente necesario, que subsiste a través de los tiempos, resistiendo los embates de los sentimentalismos filosóficos y de los idealismos religiosos.

Por esta razón, cuando se examina la posibilidad y la deseabilidad de una reforma económica, hay que examinar previamente si ella es factible en el medio económico del momento y abandonarla por utópica si esa condición no se realiza.

Pues bien, examinadas bajo este punto de vista las sociedades humanas, tres son los tipos que su historia nos presenta, diferenciados por la importancia relativa que en proceso económico que las sociedades realizan, integrado, como antes dije, por la producción, la distribución y el consumo, tiene cada uno de estos tres componentes. Y es que como la acentuación de una sílaba en el conjunto que forma la palabra, hace variar completamente el significado de ella, así también la acentuación de uno de los integrantes del proceso económico hace variar radicalmente su sentido, su orientación y determina las características de la civilización.

Son las primeras agrupaciones humanas, masas consumidoras de productos totalmente elaborados por la Naturaleza. La caza, la pesca, los frutos y raíces, subviven sobradamente á sus necesidades de alimento y vestido; y las cavernas naturales bastan para su abrigo y seguridad. Y aunque al ir progresando la inteligencia humana, logra el hombre domesticar algunos animales y agrupándolos en rebaños, emprende con ellos la vida nómada y pastoril, continúa siendo el consumo el único factor realmente importante de elemental proceso económico. Para las sociedades así constituidas, no existen problemas de distribución, ni de producción; carne, pieles y lanas, proporcionan con exceso satisfacción á unas menguadas exigencias y la facilidad de recorrer áreas extensas pone á disposición de cada agrupación los medios de sostenerse sin temor de escaseces y consumiendo sobre el lugar de producción.

Sociedades así constituidas han de ser económicamente comunitarias, todos los productos naturales son de todos, y como no requiere su adquisición más que el mínimo trabajo de recogidos, la vida en ellas se desarrolla sin ambiciones, sin estímulos, sin envidias. Es la edad de oro, tan aforada por las generaciones posteriores, pero es también la edad de una existencia sin incentivos que hagan deseable el mejoramiento y el progreso y proporcionen á la inteligencia ocasiones de ir desenvolviendo sus posibilidades. Y fueron las condiciones económicas

nómadas del medio las que imprimieron con su variación la nueva orientación á la civilización de aquellas sociedades primitivas. A medida que la tierra se iba poblando, no bastaban á sostener su población los recursos naturales; fué preciso hacer intervenir, como factor de producción, el trabajo humano y la humana inteligencia, y por otra parte, la transformación de la vida nómada en vida sedentaria, obligó á distribuir en los centros de población productos y primeras materias que en ellos habían de ser consumidos y transformados; surgieron, en una palabra, problemas de producción y distribución, que adquirieron mayor importancia que el mero consumo, y como consecuencia apareció un nuevo tipo de civilización.

Pero en ella, lo imperfecto y escaso de la producción, no sólo por lo defectuoso de los instrumentos de trabajo, sino por la limitación de las fuerzas que habían de operar las transformaciones (fuerzas animales, humanas y en muy escasa proporción y con un empleo rudimentario las del agua y el viento), pronto hizo cargar el acento sobre la distribución de productos, que adquirió así singular importancia. Surge de ella, la civilización comercial dominada por la idea de precio, como remuneración de servicios e independiente del valor intrínseco de las cosas, si no sujeto á la ley perniciosa del comercio de la oferta y la demanda y con paralela importancia la concepción del dinero, no tan sólo como instrumento de cambio, sino como valor susceptible de acumulación ilimitada y de empleo diferido, que da origen a la propiedad y á la riqueza. Ya no es todo de todos, antes, nada es de nadie si no lo ha adquirido con dinero ó con trabajo, y cuando lo tiene en su poder, la sociedad le reconoce el derecho de hacer de ello el uso que mejor le acomode: consumirlo ó almacenarlo; hacerlo productivo ó retirarlo de la circulación para su satisfacción ó provecho. Al comunismo de las primeras sociedades, sucede la institución de la propiedad privada transmisible por herencia y que alcanza á cuánto existe sobre el Universo: desde el sub-suelo hasta el vuelo; lo mismo la tierra que el hombre que la trabaja. Brilla en todo su esplendor la personalidad humana, exaltase la individualidad espolizada por la ambición, individualismo egoísta, que si es la causante de todas las envidias, de todos los odios, de todas las luchas, es también el impulsor más eficaz del adelanto y del progreso, porque el hombre acuciado por necesidades cada vez más crecientes, hace trabajar, para satisfacerlas, su inteligencia á la carga máxima, descubriendo y dominando los secretos de la Naturaleza.

Pero mientras la humanidad no dispone para la transformación de los elementos naturales en mercaderías, más que del instrumento, del útil de trabajo movido por la fuerza del hombre ó de los animales por el domesticados, la producción, necesariamente limitada, no puede adquirir preponderancia en el complejo proceso económico. La sociedad, incapaz de aumentar la relación con su propio crecimiento, ve aterrada la posibilidad de que llegue un momento en que aquella no baste á cubrir las necesidades del consumo. Es el trágico temor que se expresa en la tan traída y llevada ley de Malthus; es el trágico temor de presentar el día en que habiendo crecido los productos en progresión aritmética y los hombres en progresión geométrica, tengan los humanos que luchar como luchan los lobos en el invierno, por la posesión de un alimento cada vez más escaso. Día que hubiera llegado indefectiblemente, si no hubiesen existido en la inteligencia humana infinitas posibilidades de perfeccionamiento, y que merced á ellas y á su desarrollo, ha desaparecido por completo del campo de nuestra perspectiva desde que los inventos mecánicos substituyeron el útil de trabajo por la máquina y los descubrimientos científicos permitieron aplicar á ésta, no ya las escasas fuerzas animales, sino las infinitas que ponen á nuestra disposición: ayer, el vapor; hoy, la electricidad y el poder explosivo de ciertas mezclas; mañana quizás, el infinito caudal de la energía, intratónica.

Como consecuencia de estas invenciones y de estos descubrimientos, otra vez se encuentra desplazada la inflexión, el acento en el eterno proceso económico y otra vez ha de orientarse en el correspondiente sentido la civilización.

La sociedad del porvenir—estamos en los albores de la nueva civilización industrial—no verá su problema en el de la distribución de un número forzosamente limitado de productos, sino en solicitar el consumo de una producción variadísima y ilimitada. Y por ello, la ideología de la civilización de maíz, será, no ya distinta, sino contrapuesta á la que informó la civilización de ayer. Trataré de explicarme con una comparación. Si al hombre mejor dotado comercialmente, al que pudieramos llamar el arquetipo de la civilización comercial, le suponiéramos provisto de medios ilimitados de adquisición y conseguiese con sus medios hasta el extremo de no detenerle ninguna consideración para conseguirlo, su interés le llevará á adquirir las máximas cantidades que pueda almacenar de los productos que su instinto y experiencia comunal le señalen como los más indispensables para la vida de la comunidad; á retirarlos de la circulación manteniéndolos en su poder el tiempo necesario, para provocar la escasez, el alza máxima que tolera la capacidad adquisitiva de aquella; y á distribuirlos, finalmente, no según las necesidades individuales, sino atento solamente á servir á quien mejor pueda pagarlos, sin que le preocupe en lo más mínimo, la ruina, el hambre, la depauperación que su brillante operación comercial pueda originar; an tes bien, aprovechando en su beneficio el empobrecimiento que ha de poner á su disposición una masa de trabajo barata y abundante donde poder seleccionar la más conveniente mano de obra.

En cambio, si esos mismos supuestos de poder (concluirá).